

favorecidas por la poesía española de todos los tiempos, y no sólo de catalanes, sino de castellanos, y la Virgen Blanca de Toledo, blanca en la blancura de la santificada sinagoga. La moreneta y la blanca son cantadas, rezadas por el Canciller con idéntico fervor y gracia poética. Su estro, habitualmente seco, se enternece y vibra al recuerdo de las Vírgenes que adoró en sus viajes. Porque a la de Montserrat, adonde promete ir a hacer su oración, la vió «en la sierra do ya vi tu imagen y figura». Y a la de Toledo la promete, en pago de que se siente confortado por Ella en sus grandes dolores:

Señora mía muy franca,
por ti cuido ir muy cedo
servir tu imagen blanca
de la Iglesia de Toledo.

No se agota el siglo con sus dos mayores poetas. Aún quedan otras ofrendas marianas de juglares ambulantes y de vida airada, como el renegado Garci Ferrandes de Jerèna, a quien, sin duda, la Gloriosa salvó de la definitiva apostasía, permitiéndole volver a tiempo a morir a Castilla, después de su vida mahometana. Quizá por eso nos conmueva tanto la copla de su cantiga:

Vyrgen, flor de espina,
syempre te serví.
santa cosa e dina,
rruega a Dios por mí.

Y Villasandino, deslenguado coplero mercenario, pero capaz de los mayores primores poéticos, entona «Gozes» a la Virgen, que leemos hoy con sin igual de leite. Véase alguna muestra:

Quien te apela — maristela
flor del ángel saludada
sin cabtela, — no recela
la tenebrosa morada.
Criada
fuiste limpia, sin error,
porquel alto Amperador
te nos dio por abogada.

Que parrias — al Mexías
dixeron gentes discretas,
Geremías — e Yssaías,
Daniel e otros profetas.

Poetas
te loan e loarán,
y los santos cantarán
por tí, en gloria, chanzonetas.

Hay que reconocer que para cantar a la Gloriosa no hay como estos poetas medievales. Para mi gusto al menos, el encanto de sus loores y «chanzonetas» supera a todas las auténticas maravillas más elegantes y retóricas que los poetas devotos del Renacimiento o de los siglos modernos han elaborado tal vez con tanta ternura, tal vez con fe un poco menos adicta y transparente. El mismo Villasandino canta otra vez a María en estrofas incrustadas de ingenuos latines. «¡Sancta, o clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria». «Graciosa vitae dulcedo por quien se compuso el Credo».

Fernán Pérez de Guzmán compone estrofas que firmaría Rubén Darío, como ésta:

Virgen santa de quien canta
Salomón,
de cuyo viso se espanta
el dragón.

O convoca a Todos los Santos en centelleantes coplas de arte mayor para cantar a la «Virgen preciosa de muy dulce aspeto, o debuxado o ymaginativo». Nos vamos acercando a la poesía triunfal, teológica, «dibujada e imaginativa», pero todavía en el quicio del siglo xv, y en toda su centuria dura el candor no manchado. Lo vamos a ver con cualquiera de los trovadores del nuevo siglo, que será al final el de Isabel de Castilla. Conocidos son los villancicos del madrileño Alvarez Gato. En general, como se han recogido frecuentemente las poesías de Navidad, apenas aludiremos a ellas. Preferimos recordar otros temas marianos. El siglo xv se va